

El drama de la libertad

Don Luigi Giussani, El sentido Religioso, Cap. XII, Introducción y párrafo 1

El mundo es como una parábola: espera del hombre que se lance en la aventura de la interpretación. La venida de Cristo no hace otra cosa que cristalizar en sus contemporáneos el drama latente, el de su libertad: aquí se trata de que ellos se decidan a adherir. Una libertad dramática porque herida, capaz de desviarse de su objeto propio, como lo muestra este segundo extracto. El texto siguiente (25) nos hará reflexionar más hondamente sobre lo que es esta libertad, esta "dedicación total, humilde, apasionada fiel a Dios en la vida cotidiana"¹. Como está en nosotros de manera incompleta, germinando, necesitará ser educada (26) y sostenida (27 y 28). Pero aún más, asumida por un Redentor quien, según la expresión de Juan Pablo II, la lleva a cargo (29).

Resumamos el itinerario que hemos descrito. La naturaleza de la razón (que es comprender la existencia) fuerza a ésta, por coherencia, a admitir que existe algo incomprensible, Algo (un «quid») que está constitucionalmente *más allá* de toda posibilidad de comprensión y medida (que es «trascendente»):

«Cada quien confusamente un bien aprende
en que se aquiete el ánimo, y desea,
pues cada quien para alcanzarlo lucha»².

«¡Oh tú quien eres que quieres sentar cátedra
para juzgar a una distancia de mil millas
con la corta visión de una palmada!»³.

La aventura de la razón tiene un vértice último en el que intuye la existencia de esa explicación total y concluyente como algo inalcanzable por sí sola: es el misterio.

La razón no sería tal si no implicara que existe ese *quid* último. Así como los ojos al abrirse no pueden dejar de registrar colores y formas, del mismo modo el hombre con su razón, por el hecho mismo de ponerse en movimiento al verse solicitada por el impacto de las cosas, afirma la existencia de un por qué último, totalizante, de un *quid* desconocido: el «Dios desconocido». Que la palabra «Dios» no nos equivoque: es simplemente el término que sirve en el lenguaje religioso universal para identificar a este *quid* absoluto. Dentro de mil millones de siglos, cualquiera que sea la frontera que haya alcanzado el hombre, «no será eso», como dramáticamente manifiesta una vez más Clemente Rebora:

«Cualquier cosa que digas o hagas
Tiene un grito dentro:
¡No es por esto, no es por esto!

¹ Luigi Giussani. *El Sentido Religioso*. Cap. VIII

² Dante, *Purgatorio*, canto XVII, vv. 127-129

³ Dante *Paraíso*, canto XIX, vv. 79-81.

Y así todo envía
A una secreta pregunta:
El acto es un pretexto. [...]

En la inminencia de Dios
La vida se abalanza
Sobre las reservas caducas
Mientras cada uno se aferra
A su bien que le grita: ¡adiós!»⁴.

El factor de la libertad ante el enigma último

El hombre, como ser libre que es, no puede llegar a su plenitud, no puede llegar a su destino si no es a través de su libertad (de la que ya hemos tratado al final del capítulo octavo). Hemos visto que ser libre quiere decir tener capacidad de poseer el propio significado, de alcanzar nuestra propia realización en una determinada manera, que es a lo que precisamente llamamos libertad.

Si yo fuera llevado a mi destino sin libertad, no podría ser feliz, no sería mía la felicidad, ese destino no sería mío. Sólo a través de mi libertad es como el destino, el fin, el propósito, el objeto último, puede llegar a constituir una respuesta para mí. No sería humana la plenitud del hombre, no habría plenitud del ser humano, si éste no fuese libre.

Ahora bien, si alcanzar el destino, la plena realización, debe ser libre, la libertad también debe «ponerse en juego» para *descubrirlo*. Pues tampoco el descubrimiento del destino, del significado último, sería mío si fuera automático. El destino es algo ante lo que el hombre es responsable; el modo que el hombre tenga para alcanzar su destino es responsabilidad suya, es fruto de su libertad.

La libertad, por tanto, no sólo tiene que ver con el ir hacia Dios por coherencia de vida, sino también con el mismo descubrimiento de Dios. Hay muchos científicos que, al profundizar en su propia experiencia como científicos, han descubierto a Dios; y también muchos científicos que han creído poder eludir o eliminar a Dios con su experiencia científica. Hay muchos literatos que, mediante una percepción profunda de la existencia del hombre, han descubierto a Dios; y también muchos literatos que, por su atención a la experiencia humana, han eludido o eliminado a Dios. Hay muchos filósofos que han llegado a Dios a través de su reflexión; y muchos otros filósofos que a través de su reflexión han excluido a Dios. Esto quiere decir, entonces, que reconocer a Dios no es un problema de ciencia, ni de sensibilidad estética, ni siquiera de filosofía en cuanto tal. Es un problema de libertad. Lo reconocía así uno de los más conocidos neo-marxistas, Althusser, cuando decía que entre existencia de Dios y marxismo el problema no es de razón, sino de opción. Ciertamente, hay una opción que es conforme a la naturaleza, y por eso exalta la razón, y hay otra opción que es contra natura, y por eso oscurece la razón. Pero, en todo caso, la opción es decisiva.

Reflexionemos con un ejemplo. Si vosotros os encontráis en una zona de penumbra y os ponéis de espaldas a la luz, excluiréis: «No hay nada, todo es oscuridad, sinsentido». En cambio, si os ponéis de espaldas a la oscuridad, diréis: «El mundo es el vestíbulo de la luz, el comienzo de la luz». Esta diversidad de posturas procede exclusivamente de una opción.

Sin embargo, eso no agota la cuestión. Pues, en efecto, entre las dos posturas —la de quien dice, vuelto de espaldas a la luz, «Todo es oscuro», y la de quien, vuelto de espaldas a la oscuridad, dice «Estamos en el umbral de la luz» — una tiene razón y la otra no. Una de las dos elimina un factor cierto, aunque esté solamente apuntado, porque si hay penumbra, evidentemente hay luz.

4 C. Reborá, «Sacos de tierra en los ojos», vv. 13-18 y 89-91, en L. Giussani, *Mis lecturas*, op. cit., p. 60.

Esto recuerda lo que Jesús dice varias veces en el Evangelio: «He hecho muchos signos entre vosotros. ¿Por qué no me creéis?» «Vosotros no me creéis y me rechazáis para que se cumpla la profecía: me odiaron sin razón»⁵.

El hombre, en efecto, afirma con su libertad lo que ya ha decidido de antemano desde un recóndito punto de partida. La libertad no se demuestra tanto en el momento llamativo de la elección; la libertad se pone en juego más bien en el primer y sutilísimo amanecer del impacto de la conciencia humana con el mundo. He aquí la alternativa en que el hombre casi insensiblemente se la juega: o caminas por la realidad abierto a ella de par en par, con los ojos asombrados de un niño, lealmente, llamando al pan, pan, y al vino, vino, y abrazas entonces toda su presencia acogiendo también su sentido; o te pones ante la realidad en una actitud defensiva, con el brazo delante del rostro para evitar golpes desagradables o inesperados, llamando a la realidad ante el tribunal de tu parecer, y entonces sólo buscas y admites de ella lo que está en consonancia contigo, estás potencialmente lleno de objeciones contra ella, y demasiado resabiado como para aceptar sus evidencias y sugerencias más gratuitas y sorprendentes. Esta es la opción profunda que nosotros realizamos cotidianamente ante la lluvia y el sol, ante nuestro padre y nuestra madre, ante la bandeja del desayuno, ante el autobús y la gente que hay en él, ante los compañeros de trabajo, los textos de clase, los profesores, el amigo, la amiga... Esta decisión que he descrito la tomamos de hecho ante toda la realidad, ante cualquier cosa.

En esta decisión está claro dónde está la racionalidad, lo enteramente humano: en la postura del que está abierto y llama al pan, pan, y al vino, vino. Éste es el pobre de espíritu, aquel que no tiene nada que defender ante la realidad. Por eso admite todo tal como es, y secunda la atracción que ejerce sobre él la realidad con todas sus implicaciones.

⁵ Cf. Jn 15,22-25.